

# LIBRO DECIMONONO

## ARGUMENTO

*Thetis lleva las armas de Vulcano  
A su hijo querido; y más humano  
Su ira depone; junta una asamblea,  
Y entran todos de nuevo en la pelea:  
Mas su caballo Xantho tan valiente,  
Le dice que su muerte está inminente.*



CON su manto de púrpura cubierta ya la Aurora dejaba las corrientes del Oceano, á los eternos Dioses para llevar la luz y á los mortales; cuando Tétis, trayendo la armadura que Vulcano la diera, á los bajeles llegó de los Aqueos. Reclinado sobre el yerto cadáver del amigo y lágrimas vertiendo acompañadas

con gritos de dolor, al hijo suyo halló; y en torno de él la numerosa turba de los Mirmídones lloraba al amable Patroclo. En medio de ellos se presentó la Diosa; y por la diestra asiendo al héroe, le llamó y le dijo:

«Por más que tristes y afligidos ambos estemos, hijo mio, por la muerte de tu escudero, ahora su cadáver aquí yacer dejemos, pues vencido fué el infeliz porque los altos Dioses así lo decretaran. Tú recibe esta rica armadura, por el mismo Vulcano fabricada; y tan hermosa no la llevó jamás sobre los hombros héroe ninguno de la edad pasada.»

Así dijo la Diosa, y la armadura, de Aquíles á los piés, soltó en la arena; y en espantoso ruido resonaron las armas al caer. A tal estruendo los Mirmídones todos confundidos y atónitos quedaron; y ninguno á mirarlás de frente se atrevía, y la espalda volvieron. Cuando el héroe vió las armas, en cólera terrible más se inflamó, y sus ojos como fuego debajo de los párpados brillaban en hórrido fulgor; pero en sus manos al tomar la armadura, complacido la contemplaba. Y cuando ya el deseo hubo saciado de admirarla, triste dijo á su madre en doloridas voces:

«¡Madre! las nuevas armas que me envía el Dios son tan hermosas como deben las obras ser que fabricó la mano de los eternos Dioses, y ninguno de los hombres mortales las hiciera. Con ellas me armaré; pero en el alma grande tengo temor de que este día, mientras yo esté lidiando, en el cadáver del hijo de Menetio las ligeras

»moscas penetren por las anchas bocas  
»que en él abrieron enemigas lanzas,  
»y gusanos engendren, y su cuerpo  
»ya del alma privado desfiguren,  
»y que toda la carne se corrompa.»

Tétis le respondió: «¡No ese cuidado te atormente, hijo mio! Del cadáver yo misma alejaré los importunos enjambres de las moscas, que ostinadas en la carne se ceban de los hombres que de heridas fallecen en las lides. Y aunque un año cumplido aquí estuviese insepulto, su carne la frescura conservarí que viviendo tuvo, y si cabe mayor. Así, á los Griegos tú á la junta convoca; y renunciando á la venganza ya que del Atrida hasta ahora tomaste, sal armado á campaña y el ánimo te viste de intrepidez y fortaleza.» Tétis así decia; é inspirando al hijo ardimiento y valor, en el cadáver de celeste ambrosía algunas gotas por las narices infundió y de néctar, para que la frescura conservase.

Por la orilla del mar despues Aquíles dando espantosas voces caminaba, á los héroes aquivos á la junta él mismo convocando. Y áun aquellos que solian quedarse en los navíos, y hasta los timoneros, que encargados de dirigir las naves por las aguas en la navegacion tambien ahora eran los despenseros y cuidaban de repartir los víveres á todos, entónces á la junta concurrieron; porque de nuevo Aquíles se mostraba, despues de haber estado de las lides mucho tiempo alejado. Los primeros llegaron á la junta Diomédes y Ulises en sus lanzas apoyados; y los dos cojeaban porque mucho sentian el dolor de las heridas que en la lid recibieran, y delante de todos se asentaron. El potente Agamenon, caudillo de las tropas, el último llegó, tambien herido por el herrado astil que le arrojara el hijo de Antenor. Cuando estuvieron ya reunidas las escuadras todas,

en medio de ellas el valiente Aquíles alzóse, y dijo en sonoras voces:

«¡Oh hijo de Atreo! ¡Cuánto hubiera sido más útil á los dos que nuestras almas así hubiesen estado tan unidas cuando ciegos de cólera, y en duras palabras contendiendo, rencorosos enemistad por siempre nos juramos sólo por una esclava! Más valiera que Diana en la nave con sus tiros la hubiese dado muerte, en aquel día en que habiendo á Lirneso saqueado la cautivé. No entónces moribundos mordido hubieran la anchurosa tierra tantos Aquivos como ya murieron del enemigo á manos en los días que duró mi rencor. A los de Troya, y á Héctor, útil ha sido de nosotros la contienda fatal; pero los Griegos de ella se acordarán. Los dos ahora, por más que doloroso el sacrificio pueda ser, olvidemos lo pasado; y á la necesidad cediendo triste, dentro del alma el natural fogoso reprimir procuremos. Desde ahora yo depongo la cólera, ni es justo que eternamente la pasada injuria tenga en memoria. A pelear valientes tú anima á los Aqueos; y veamos si combatiendo yo, los enemigos quieren pasar las noches á la vista de nuestras naos. El que huir lograre de mi lanza en la lid, ¡con cuánto gozo descansará despues!» Así decia; y todos los Aqueos se alegraban al ver que del agravio recibido ya se olvidara el valeroso Aquíles.

Y Agamenon desde su propia silla, sin levantarse ni salir al medio, dijo á la multitud de los Aquivos:

«¡Ministros de Mavorte, heróicos Dánaos, dulces amigos! Pues arengo ahora desde la silla, convendrá que atentos mi discurso escuchéis. Ni decoroso interrumpirme fuera; que difícil, áun al varon más sabio y entendido, sería perorar si á cada paso otro le interrumpiese. ¿Y cómo nadie, en medio del tumulto estrepitoso de tanta gente, áun escuchar pudiera,

»mucho ménos hablar? Aun el que fuese  
 »elocuente orador, se turbaria.  
 »Yo hablaré con el hijo de Peleo;  
 »pero vosotros, los demas Argivos,  
 »atentos escuchad y lo que diga  
 »grabad en la memoria. Muchas veces  
 »me han dicho los Aqueos que la causa  
 »era yo de sus males, y en las juntas  
 »insultarme solian; y el culpado  
 »no soy yo. Lo son Jove y el Destino,  
 »y la Furia que vaga en las tinieblas;  
 »los cuales en mi pecho introdujeron  
 »la triste Diosa que al error preside,  
 »y á quien *Ate* llamar los hombres suelen,  
 »en el aciago dia en que su esclava  
 »á Aquiles yo quité. Mas ¿qué podia  
 »yo, mísero mortal, hacer entónces?  
 »Dios es quien todo lo dispone y hace.  
 »Ate es hija de Jove poderosa,  
 »y á los mortales todos inclemente  
 »persigue y hace males. Delicados  
 »son sus piés, y en el suelo no los pone;  
 »que siempre por encima las cabezas  
 »anda de los mortales, y á los pueblos  
 »inexorable daña. Y cuando riñen  
 »dos personas, con grillos poderosos  
 »de gran calamidad las manos ata  
 »á la una de las dos si acaso deja  
 »á la otra libre. Y aun al mismo Jove,  
 »á quien la voz del universo aclama  
 »por el más poderoso de los Dioses  
 »y los humanos, dolorosa cuita  
 »Ate causó otro tiempo, cuando Juno,  
 »hembra siendo y menor su poderío,  
 »logró engañarle artificiosa el dia  
 »en que habia Alcmena al valeroso  
 »Hércules dar á luz dentro los muros  
 »de Tébas, y orgulloso el padre Jove  
 »así dijo á los otros inmortales:  
 »*«¡Dioses y Diosas! escuchadme todos,  
 »y un secreto sabreis que el alma ahora  
 »dentro del pecho revelar me manda,  
 »Ilitia, que del parto los dolores  
 »aumenta ó disminuye, en este dia  
 »sacará á luz un niño que de todas  
 »las naciones cercanas poderoso  
 »Rey ha de ser, y de mi sangre misma  
 »es engendrado.»* Respondióle Juno  
 »con dolorosa intencion: *«¡Y será falso  
 »lo que tu labio ha dicho, ó la palabra*

*«que has dado cumplirás? Si es como dices,  
 »júrame ahora tú, que omnipotente  
 »en el Olimpo reinas, consagrado  
 »y firme juramento, que de todas  
 »las naciones cercanas poderoso  
 »Rey ha de ser aquél que en este dia  
 »de una mujer entre los piés cayere,  
 »y de los hombres sea que engendrados  
 »son de tu sangre.»* Juno así decia:  
 »y Jove, que no el dolo sospechaba,  
 »hizo el solemne y firme juramento  
 »que á su amor paternal tantos pesares  
 »ocasionar debia. Porque Juno  
 »desde las altas cumbres del Olimpo  
 »presurosa bajó, y en un instante  
 »á Argos llegó de Acaya y al palacio  
 »en que habitaba la gentil esposa  
 »de Estenelo, nacido de Perseo.  
 »Y como estaba en cinta, y aun entrada  
 »en el octavo mes, á luz un hijo  
 »hizo que diese, y por algunas horas  
 »de Alcmena el parto retardó teniendo  
 »sujetas entretanto á las Ilitias:  
 »y al Olimpo volvió, y al padre Jove  
 »dió la noticia y dijo: *«¡Oh tú, que el rayo  
 »envías á la tierra! Sabe ahora  
 »que un mortal ha nacido valeroso  
 »que en Argos reinará, y es Euristeo,  
 »de Estenelo nacido. Y pues el padre  
 »de Estenelo es Perseo, y engendrado  
 »éste fué de tu sangre, no es injusto  
 »que aquél en Argos reine.»* Así decia  
 »Juno, y el alma de Saturnio Jove  
 »dolor agudo hirió. Y de la cabeza  
 »de nítidos cabellos coronada  
 »á Ate cogiendo, y en su mente airado,  
 »pronunció el juramento irrevocable  
 »de que jamás al estrellado cielo  
 »ni al Olimpo la Diosa volveria  
 »que á todos hace tan terribles daños.  
 »Y hecho ya el juramento, y con la diestra  
 »agitándola en torno, para siempre  
 »del cielo la arrojó; y en un instante  
 »cayó en la dura tierra que la mano  
 »fertiliza del hombre, y por su causa  
 »mucho Jove gemia cuando al hijo  
 »en trabajos penosos fatigarse  
 »veia por mandato de Euristeo.  
 »Así yo, cuando al pié de los bajeles  
 »Héctor á los Aquivos destruia,

»nunca pude olvidarme de la Diosa  
 »que á acometer tal hierro me obligara.  
 »Mas, pues le cometí, y airado Jove  
 »la razon me quitó, la ofensa quiero  
 »ahora reparar, y dones muchos  
 »á Aquiles ofrecer en desagravio.—  
 »Marcha, pues, al combate, y á los otros  
 »anima con tu voz; que yo á la vuelta  
 »los dones te dará que te ofrecia  
 »ayer Ulises, cuando fué enviado  
 »á tu tienda. Ó si quieres recibirlos  
 »breve espera un momento, aunque impaciente  
 »por batallar estés; y los heraldos  
 »aquí los traerán, para que veas  
 »si de aplacar la cólera en tu pecho  
 »capaces son los que te ofrezco ahora.»

Y Aquiles respondió: *«¡Glorioso Atrida  
 »Agamenon, caudillo de los Griegos!  
 »ó ya quieras los dones ofrecerme  
 »porque justo lo creas, ó guardarlos,  
 »luego podrás hacer lo que te sea  
 »más grato al corazon. En este dia  
 »sólo pensemos en salir armados  
 »al hórrido combate. No conviene  
 »que en discursos el tiempo se consuma,  
 »y la lid se retarde: todavía  
 »está sin acabar la grande empresa  
 »á que venidos somos. Y ya es tiempo  
 »de que vean á Aquiles los Troyanos  
 »en las primeras filas con su lanza,  
 »de bronce guarnecida, las falanges  
 »troyanas destrozár. Y con mi ejemplo  
 »animados vosotros, del antiguo  
 »valor os acordad en la pelea.»*

Y dijo el sábio Ulises: *«No en ayunas,  
 »oh Aquiles, á los Dioses parecido,  
 »porque eres tan valiente. á los Aqueos  
 »quieras llevar á combatir ahora  
 »delante de Ilión con los Troyanos;  
 »que no breves instantes la batalla  
 »ha de durar, cuando á lidiar empiecen  
 »una vez las escuadras y en el pecho  
 »Jove infunda valor á los Aquivos  
 »y á los Troyanos. Á las tropas manda  
 »que las fuerzas reparen en las naos  
 »con manjares y vino. La comida  
 »es la que da valor y fortaleza.  
 »Que si desfallecido el combatiente  
 »está de no comer, no será fácil  
 »que con el enemigo todo el dia*

*»hasta que baje el sol al Oceano  
 »animoso combata. Aunque valiente  
 »él quiera pelear, sus miembros todos  
 »poco á poco se van debilitando,  
 »siente el hambre y la sed, y las rodillas  
 »no pueden sostenerle. Mas el hombre  
 »que saciado de vino y de comida  
 »en la batalla entrare, aunque ésta dure  
 »un dia entero, con pujanza y brío  
 »está siempre lidiando; ni fatiga  
 »en sus miembros advierte hasta que todos  
 »de la lid se retiran. Así, ahora  
 »á las tropas despide, y que preparen  
 »el desayuno manda. Los regalos  
 »que debe hacerte el adalid supremo  
 »Agamenon, en medio de la junta  
 »él los mande traer, para que todos  
 »con sus ojos los vean, y en el alma  
 »te regocijes tú. Tambien te jure  
 »con lengua no falaz, de los Argivos  
 »en presencia y de pié, que de la esclava  
 »nunca al lecho subió, ni en amoroso  
 »lazo se unió con ella, cual permite  
 »antigua ley en las naciones todas  
 »entre hombres y mujeres admitida  
 »Tú, oh Príncipe, tambien dentro del alma  
 »todo rencor olvida, y en su tienda  
 »te ofrezca el Rey espléndido convite  
 »de reconciliacion en testimonio,  
 »para que nada á los honores falte  
 »que debidos te son. Desde este dia,  
 »oh hijo de Atreo, tú tambien procura  
 »ser más justo que todos; ni ya creas  
 »que puede ser á un Rey indecoroso  
 »al valor aplacar á quien primero  
 »él hubiese injuriado.» Así le dijo;  
 »y placentero respondió el Atrida:  
 »«¡Ulises! mucho el corazon se alegra  
 »al escuchar lo que dijiste ahora,  
 »porque en todo has hablado cual prudente  
 »y entendido varon. Jurar yo quiero  
 »lo que deseas; ni repugna el alma  
 »tal juramento hacer, ni cuando invoque  
 »de la divinidad el nombre santo  
 »perjurará mi lengua. Espere Aquiles  
 »aquí, por más que en impaciente anhelo  
 »volver quiera á la lid; y reunidos  
 »todos permaneced hasta que vengan  
 »de mi tienda los dones y yo jure,  
 »un sacrificio haciendo que confirme*

»lo que pronuncie el labio. Escoge ahora  
 »entre todos los jóvenes Aqueos  
 »tú los más distinguidos, y á mi tienda  
 »con ellos te encamine: y de allí tomen  
 »los regalos que hacer yo prometia  
 »ayer á Aquiles, y tambien conduzcan  
 »del brazo á las esclavas. Y Taltibio,  
 »por la anchurosa hueste de los Griegos  
 »atravesando, un jabalí me traiga  
 »para ofrecerle en sacrificio á Jove  
 »y al Sol.» Aquiles respondió al Atrida:  
 «Dejad para otro tiempo esos cuidados;  
 »para cuando se pueda la batalla  
 »suspender, y mi pecho no se sienta  
 »en bélico furor tan encendido.  
 »Yacen hoy insepultos los Aqueos  
 »que Héctor mató miéntras le dió la gloria  
 »del vencimiento Jove, y á los vivos  
 »vosotros á tomar el desayuno  
 »aguijais? Yo, por mí, les mandaria  
 »que sin gustar el vino y los manjares  
 »marcharan á la lid, y que á la noche  
 »dispusieran espléndidos banquetes  
 »cuando la ofensa hubiéramos vengado.  
 »Hasta entónces, al ménos por mi boca,  
 »no entrará ni alimento ni bebida;  
 »porque yace en la tienda mi escudero,  
 »de aguda lanza el corazon pasado,  
 »en lecho funeral hácia la puerta  
 »vuelto los piés; y en derredor le lloran  
 »mis escuadras. Por eso no me curo  
 »de regalos ahora, ni convites;  
 »sólo me es grata la matanza y sangre,  
 »y el triste lamentar de los que mueren.»  
 «¡Oh Aquiles de Peleo (dijo Ulises),  
 »oh el más fuerte de todos los Aquivos!  
 »No poco tú en valor y en la destreza  
 »de manejar la pica me aventajas,  
 »pero en sabiduría acaso mucho  
 »yo á tí soy superior; porque he nacido  
 »ántes que tú, y en experiencia larga  
 »más he visto tambien. Por eso ahora  
 »quisiera que cediese á mis razones  
 »tu fogosa impaciencia. Los guerreros  
 »de combatir se cansan prontamente  
 »si ha derribado la segur por tierra  
 »ya mucha paja y la cosecha es poca,  
 »luégo que al otro lado la balanza  
 »Jove inclinó; que el árbitro supremo  
 »él es de la victoria. Con el vientre

»no es justo que los hijos de la Grecia  
 »lloren al que murió. Todos los días  
 »muchos y valerosos adalides  
 »caen; y si llorarlos se debiera  
 »uno por uno á todos, ¿cuándo el hombre  
 »el llanto acabaria? Al que muriere  
 »es justo luégo sepultar, y mucho  
 »su pérdida sentir, y un solo día  
 »llorar sobre su tumba. Los que vivos  
 »salieron de la lid, en el sustento  
 »y en la bebida piensen, porque puedan  
 »con más vigor en el marcial combate  
 »pelear animosos, revestidos  
 »del indomable hierro. Así, ninguno  
 »quede en el campo ocioso, ni ya espere  
 »que con nuevos discursos á las tropas  
 »á pelear animen los caudillos;  
 »que en daño suyo esperará la arenga  
 »el que en las naves quede. Todos juntos  
 »marchemos á la lid, y al enemigo  
 »en terrible batalla destruyamos.»

Así dijo, y mandó que le siguieran  
 los fuertes hijos del ilustre Néstor,  
 y Méges, y Toante, y Meriones,  
 y el hijo de Creonte Licomedes,  
 y Melanipo; y á la tienda todos  
 marcharon del Atrida. Y no más pronto  
 hallaron ellos, que acabada estuvo  
 la entrega de los dones. De las naves  
 siete tripodes, pues, cuales habia  
 á Aquiles ofrecido, relucientes  
 veinte calderas y caballos doce,  
 escogieron: y asidas por el brazo  
 fuera del pabellon sacaron luégo  
 siete hermosas esclavas instruidas  
 en labores de manos, y con ellas  
 iba tambien Briseida y á las otras  
 en hermosura aventajaba mucho.  
 Los diez talentos de oro, que pesara  
 ántes él por su mano, en anchurosa  
 urna llevaba Ulises; y el primero  
 iba, y los otros jóvenes Aquivos  
 con los demas presentes le seguian.  
 Y al paraje venidos en que estaban  
 los Griegos asentados, de la hueste  
 en medio los pusieron, y el Atrida  
 Agamenon se alzó: y á su derecha  
 colocado Taltibio, que á los Dioses  
 en la voz igualaba sonora,  
 el jabalí con la robusta mano

tuvo sujeto. Desnudó el Atrida  
 el cuchillo de monte que pendiente  
 tenia al lado de la grande espada;  
 y al jabalí cortando por primicias  
 algunas cerdas, al eterno Jove,  
 con las manos alzadas al Olimpo,  
 rogaba humilde. Los Aquivos todos,  
 en sus sillas sentados y en silencio,  
 con piadosa atencion y compostura  
 escuchaban al Rey, miéntras que fijos  
 los ojos en el cielo esta plegaria  
 á los eternos Dioses dirigia:

«Testigos hoy me sean: el primero  
 »Júpiter, que de todas las Deidades  
 »es la más grande, y poderosa, y fuerte;  
 »y la Tierra y el Sol, y las terribles  
 »Furias que en las regiones infernales  
 »á los hombres castigan que perjuros  
 »sobre la tierra fueron, de que nunca  
 »yo la mano he tocado de Briseida,  
 »ni he subido á su lecho, ni he logrado  
 »de ella ningun favor, y de que ha sido  
 »de todos en mi tienda repetada.  
 »Y si perjuras mis palabras fueron,  
 »dénme los justos Dioses cuantos males  
 »suelen dar por castigo al que su nombre  
 »invocó sin verdad.» Así decia,  
 y el cuello con la daga cortadora  
 dividió al jabalí. Tomó del suelo  
 la víctima Taltibio; y rodeando  
 el brazo, de la mar á la llanura  
 la arrojó para pasto de los peces.  
 Alzóse Aquiles, y al excelso Jove  
 dirigió en alta voz esta plegaria:

«Grandes y muchas desventuras sueles,  
 »padre Jove, enviar á los humanos:  
 »que si tú no lo hubieras permitido,  
 »nunca jamás en cólera mi pecho  
 »inflamara el Atrida; ni la jóven  
 »él hubiera sacado de mi tienda  
 »contra mi voluntad, de irresistible  
 »fuerza arrastrado. Si: no lo dudemos,  
 »Jove ha querido que por tal querella  
 »muchos Griegos muriesen.—Id ahora  
 »á tomar alimento, y la batalla  
 »despues comenzaremos.» El valiente  
 Aquiles dijo, disolvió la junta,  
 y volviéronse todos á las naves.  
 Y en tanto, los Mirmidones tomaban  
 los magníficos dones, y al navío

llevándolos de Aquiles, en las tiendas  
 los pusieron, y dentro su morada  
 dejando á las cautivas, los donceles  
 los bridones llevaron á la vega  
 en que estaban los otros. Cuando muerto  
 y por aguda lanza atravesado  
 vió á Patroclo Briseida, á su cadáver  
 se arrojó; y en gemidos, afligida,  
 prorumpiendo y sollozos, con sus manos  
 el blanco pecho, el delicado cuello,  
 y el bellissimo rostro se afeaba.  
 Y de sus claros ojos derramando  
 lágrimas abundantes, y tan bella  
 en su dolor como las Diosas, dijo:

«¡Generoso Patroclo, amigo caro  
 »de esta infeliz mujer! Cuando la tienda  
 »de Aquiles dejé yo, vivo quedaste;  
 »y cuando vuelvo ahora, ¡oh valeroso  
 »caudillo de la hueste! ya te encuentro  
 »sin vida; que en mí siempre nuevos males  
 »á los primeros siguen. De mi patria  
 »ante los muros, con agudo hierro  
 »pasado el corazon, sobre la arena  
 »ví espirar al esposo que mis padres  
 »me dieren; y tambien los tres hermanos  
 »carnales que conmigo se criaran,  
 »y yo mucho queria, de la muerte  
 »á la region bajaron tenebrosa.  
 »Y habiendo Aquiles por su propia mano  
 »muerto á mi dulce esposo, y destruido  
 »de Mínes la ciudad, no me dejabas  
 »tú llorar, y decias que del héroe  
 »en legítima union esposa tierna  
 »harias que yo fuese, y que en las naves  
 »á Phtia yo llevada, en su palacio  
 »el convite nupcial celebraria  
 »en medio los Mirmidones. ¡Ay triste!  
 »¿cómo viendo ya muerto al que conmigo  
 »fué siempre tan humano, yo pudiera  
 »no deshacerme en llanto doloroso?»

Así dijo Briseida; y las esclavas  
 todas gemian lamentando tristes,  
 al parecer, la muerte de Patroclo,  
 pero en realidad sus propios males.

Y en derredor de Aquiles los primeros  
 caudillos de la hueste se juntaron,  
 y con muchas instancias le pedian  
 que tomase alimento; mas el héroe  
 á tomarle obstinado se negaba,  
 y exhalando suspiros les decia: